

traordinarios. Hallé á mi amo tan airado contra mí, que en castigo de mi tardanza mandó que me diesen de beber otro tanto vino como se había gastado en la colación y banquete de la noche pasada y que me apremiasen á que diese fin de ello. No apelé de esta nueva y nunca oída sentencia, antes supliqué por la brevedad de la ejecución, atento á la sequedad del camino, aunque hallaba imposible el cumplimiento sin echar ensanchas á mi pellejo quitándole todas las botanas. Mas el gran bailío, que estaba acompañando á mi amo, por librarme de este tormento, que para mí venía á ser regalo, lo persuadió á que me encerrase en una prisión, como lo ejecutó, volviéndose á Brusélas; y allí hubiese visto el fin de mis días á no ser por la piedad del príncipe Cardenal que me hizo sacar librándome de los inauditos tormentos que me preparaban. Lleváronme delante de su alteza, el cual me dijo: ¿Qué desdicha es esta, Estebanillo? O ¿qué pecados has cometido para haberte puesto en tal aprieto? Yo le respondí: Señor, estos son caprichos de señores y pension de los de mi arte. Díjome un ayuda de cámara: Hermano Estéban, el oficio del gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel, del gusto y susto, y es menester pasar cochlura por hermosura. Pedí de beber para echar abajo toda la melancolía; á pocos lances y buenos me reventaban los ojos de alegría y la barriga de vino, y echaba de la oseta. Volvíme con su alteza á Brusélas, adonde, sin ser doctor, le visitaba por la mañana en la cama, y á medio día en la mesa.

Al cabo de algunos días volvió mi amo segunda vez al imperio, yéndole yo sirviendo en figura de correo hasta llegar á la corte de Viena, la cual hallé llena de máscaras, fiestas y regocijos, por ser Carnestolendas y tierra donde se celebra mas que en ninguna parte de la Europa. Y yo por oír decir: Donde quiera que fueres, haz como vieres, hice media docena de máscaras los primeros días, con ayuda de amigos y conocidos, tan alegres y vistosas, que demás de ser celebradas, no perdí nada en la mercadería. Y viéndome cargado de alabanzas y premios, proseguí en dar gusto á los señores y regocijo á la corte. Habiéndome hecho una cadena de dientes y muelas de caballos, que estaban como el camarada que tuve en Norlinguen, me vestí de montañano, y me tercié el cabestrillo de raigones; puse en la mano derecha un gatillo de sacar muelas, y en la izquierda una cestilla llena de botecillos de ungüentos y emplastros encerados. Llevé conmigo cuatro judíos italianos con vestidos provocativos á risa, y con medias máscaras que cubrían de la nariz arriba, por causa de que no fuesen conocidos del vulgo, y subiendo en un caballo, me fui por todas las plazas y cantones de la corte, haciendo paradas y dando voces para juntar la gente; y para encarecer mis medicamentos, llegaban los tres judíos, que estaban apartados de mí, cada uno por su parte, rompiendo el corrillo y concurso de la gente, y compraban de los botes y emplastros; y pagándome por cada uno dos reales, á vista de todo el auditorio, provocaban á muchos ignorantes á que lle-

gasen á lo mismo; llevando en los pequeños botes una poca de harina desleída con agua, y en los emplastros un poco de cañamazo bañado con sebo y cera. Llegaba despues el cuarto hebreo, fingiendo tener gran dolor de muelas; traía las manos puestas en los carrillos, y quejándose muy á menudo, juntábase á las crines de mi rocin, abría una boca de un palmo; mirábale yo despacio la dentadura, como si él fuera caballo y yo albéitar que pretendiese saber la edad que tenía, y abatiendo el gatillo y fingiendo sacarle una muela, ponía en él otra que yo llevaba, pedida para el efecto á un amigo barbero; y dando á entender habérsela sacado sin dolor ni sangre, le hacía que escupiera muchas veces, y alzando el brazo con el gatillo emolado, alababa mi destreza y convidaba á quitárselas á los pobres de gracia, obligándome á dejar todos los vecinos de aquella corte, por muy poco precio, sin ningunos dientes ni muelas. Dábame el judío un real, y volvíase á salir del corrillo, encareciendo mi agilidad y jurándole no haberle dolido ni sacádole sangre, por lo cual llegaban algunos inocentes á querer hacer la prueba y remediar sus dolores; y yo engañándoles con visitarles las andanas y hacerles creer no estar la muela en estado de sacarla, les aplicaba uno de los emplastros, les quitaba el dinero y los enviaba muy consolados. Solemnizabanlo los que sabían que era buena, y divertíanse los que lo ignoraban; y apenas se deshacía un corrillo, cuando á poco trecho juntaba otro y hacia la misma manufactura, encajando la propia presa. Vine á llegar cerca del palacio imperial, á tiempo que sus majestades cesáreas estaban á unas ventanas, juntamente con el príncipe Matías, hermano del gran duque de Toscana, viendo pasar mucha variedad de mascarados. Y por ver que ponían los ojos en los de mi cuadrilla, empecé á vocear y juntar un numeroso auditorio; y despues de haber hecho mi papel, como en las demás partes, y hecho su parte los tres cansinos, llegó el doliente del mal de santa Polonia, y haciendo muy al vivo su figura, abrió la puerta, que le sirvieron sus dientes de rastrillo para que no entrase el tocino, y sus labios de puente levadiza para impedir el paso al vino. Y como estaba asegurado de que jamás le hacia daño ninguno, echó al aire toda la herramienta de mascar; agarréle con el gatillo una muela, que me pareció la mas abultada de todas las demás, y por hacer reír á sus majestades á costa de llanto ajeno, tiré con tanta fuerza, que no solo se la saqué, pero muy grande parte de la quijada con ella. Empezó el judío á dar voces, y sus camaradas á emperarse contra mí, sus majestades á reirse, y el pueblo á regocijarse. Mas por ver que había algunos en el corro que se aotinaban contra mí, enternecidos del arroyo de sangre que salía de la boca del desquijarado, dije en alta voz: Adviertan vuestras mercedes que el doliente es judío y sus camaradas hebreos, y que he hecho aposta lo que se ha visto, y no por ignorar mi oficio. Con estas razones volvió á renovar el alegría y á celebrar la acción, y á darles tal felpa á los cuatro zabalones, que á no valerles los pies, lleva-

ran mas que curar, aunque pienso que no llevaron muy poco.

CAPITULO VIII.

En que declara la vuelta que dió á los estados de Flándes sirviendo de correo, y lo que le sucedió en el socorro y batalla que dió su amo en Tionvila, y de cómo fué recibido en el servicio de su alteza serenísima el infante Cardenal, y otra mucha variedad de sucesos.

Mi amo, que siempre andaba solícito y cuidadoso en el servicio de su majestad católica, partió de Viena el primer día de Cuaresma á los estados de Flándes, con un nuevo socorro de lucido ejército; y yo me quedé en Viena á cobrar los gajes de haber alegrado á los alemanes y entristecido á los hebreos, y mas los donativos competentes á mi oficio. Dióme su majestad cesárea una cadena de oro, y otra el archiduque Leopoldo, su hermano, y otra el príncipe Matías, sin otras dádivas de títulos y señores. Al tercer día de mi ocupación y recogimiento de preseas me envió el marqués de Castañeda, que estaba en aquella corte por embajador de España, por correo á los Países-Bajos con un despacho de su majestad católica por su hermano el serenísimo infante Cardenal. Cuando me vi entronizado en tanta altura, olvidándome de todos mis oficios y beneficios, como no pude decir, de paje vine á marqués, como don Alvaro de Luna, dije, de bufon vine á correo, que fué el primer escalon. Hice tan buena diligencia, que ensanché mi fama, y quedé opinado por persona de confianza. Holgóse mucho su alteza cuando me vió tan avanzado y supo con la brevedad y cuidado que había traído el despacho; por lo cual toda aquella campaña ejercité el nuevo oficio de andar al trote, volviendo otras dos veces á Alemania, á Lorena, á Luxemburgo, á las fronteras de Francia y al ejército que traía mi amo para socorrer á Tionvila, llevando despachos, zangoloteando postillones y desorejando postas.

Quiso mi ventura que me hallé con mi amo al tiempo que, hecho otro segundo dios de las batallas, la venía á dar al ejército de Francia, que nos tenía sitiada y oprimida la dicha villa. Supliquéle, en albricias de la victoria, pues yo la tenía por cierta, por ir el Hércules de Florencia á socorrer la combatida Troya, que en acabando de despachar la otra vida al ejército contrario, me enviase á llevar las nuevas á su alteza. Respondióme: Señor Estebanillo, vuesa merced es hombre muy diligente para correo, y muy cobarde para estas ocasiones; y así, supuesto que sé yo que no ha de pelear y que ha de hacer lo mismo que hizo en Norlinguen, segun me han contado, yo le concedo lo que me pide; y así, póngase en otra montaña, y si viere que Dios fuere servido de darme victoria, vaya á darle aviso á su alteza, que yo sé que ganará mas en ello que en buscar rendidos despojos. Yo, estimando la merced y tomando su consejo, por no ponerme en contingencia de que pasase detrimento el viaje que esperaba hacer, me subí en una montaña, á dos leguas de ambos campos, á tiempo que cerrando mi amo con el del enemigo,

obrando prodigios de valor y portentos de bizzarria, lo deshizo, venció y arruinó, quedando la villa libre y la campaña por suya, hecha toda ella un cementerio de finados. Viendo pues que nuestro valeroso ejército, en virtud de llevar tan heróico é invencible general, apellidaba la victoria y avanzaba al desbaliço, bajé de mí revelado Olimpo á llevar la dichosa nueva á su alteza; mas encontrando en el camino á un vivandero de los nuestros, so color de apagar el polvo que había cobrado en la batalla, fingiendo haberme hallado en la primera embestida, bebí de tal modo, celebrando el valor de mi amo y brindando á su salud, que dentro de un cuarto de hora me hallé con mas gana de dormir que no de correr postas. Pero amándome lo que mas pude, por codicia de ganar las albricias, con estar aturrido y medio fuera de mí, con ayuda de un vivandero y de un amigo mío que le estaba acompañando, volví á subir á caballo; pero en ocasión tan desgraciada, que tirando la villa un cañonazo, quizá por salva de la victoria, pues vino acompañado de otros muchos, con pasar la bala mas de una legua de mí, fué tanto el pavor y sobresalto que recibí, que pensando que me había hecho pedazos á mí y á mi caballo, me dejé caer de él tan desatentadamente, que dando con todo el cuerpo una grande caída en tierra, me lastimé con la punta de un desgajado baston una pierna, y me salieron de ella algunas gotas de sangre, las cuales, al instante que las llegué á ver y á sentir el dolor, tuve por cosa cierta que el cañonazo me la había hecho menudas astillas, y empecé á dar voces que atronaba toda la campaña, diciendo: Jesus, que me han muerto, confesion, confesion; á cuyas lamentables quejas acudió el vivandero y el conocido amigo, é informándose de la causa de ellas, les certifiqué haberme hecho pedazos la pierna una bala de artillería de las que había tirado la villa. Ellos, que habían oído el estallido de los rigurosos bronces y veían los extremos dolorosos que yo hacía y una poca de sangre que campaba en el nevado campo de la calceta, lo creyeron de tal suerte, que llevándome en peso entre los dos, me metieron en el carro y me llevaron á la victoriosa villa.

Buscáronme una buena posada, y porque vieron lo necesitado que iba de sueño, por lo mucho que había bebido, me recostaron sobre una limpia cama, y dejándome sosegar, se salieron en busca de un cirujano para que me curase. Tardaron mas de cuatro horas en volver á la posada, por haber hallado todos los cirujanos ocupados en curar algunos heridos de los nuestros y de los muchos prisioneros que se habían hecho. En cuyo término desistí los vapores de la cabeza y quedé libre del dolor y borrachera. Y estando durmiendo despacio lo que había bebido de prisa, entraron en mi aposento mis enfermeros y un venerable y bárbaro cirujano, con media docena de platicantes, que al olor de haberle dicho que tenía muy linda china y que era criado del victorioso general, me venía á curar de ostentacion. Al instante que llegaron, aligerando todos á un tiempo de capas y sombreros, empeza-

ron á destripar estuches, á limpiar sierras, y á afilar navajas, hacer hilas y á romper paños, haciendo capirotables de huevos y cocimientos de vino. Al tiempo que estuvo todo á punto, mandó el tal maestro que me despertasen para ver la cura que requería el destroz de la bala. Y habiéndolo yo hecho, aunque no con mucha facilidad, porque estaba en lo mejor de mi sueño, me senté sobre la cama, y quedé muy escandalizado de ver tantos cuervos con herramientas de hacer anatomía. Díjome el maestro que descubriese la pierna para reconocer el golpe y aplicarle el remedio conveniente. Yo, sonriéndome como quien ya tenía su juicio cabal, la eché con brevedad al aire, y haciendo el cirujano acercar una vela encendida y poniéndose apresuradamente unos cristalinos anteojos, le dió una atenta mirada de alto á bajo y un sobado de dedos, que parecía que maduraba brevas. Pero hallándola toda sana y buena, sin tener otra lesión mas que un pequeño rasguño, me dijo muy atufado y medio corrillo: ¿Vuesa merced acaso hace burla de mí, pues me envía á llamar para curarle sus heridas fingidas y fabulosas? Respondíle: Vuesa merced me ponga en el estado que estaba cuando lo envié á llamar, y echará de ver que cuando la herida no fuese verdadera, por lo menos me lo parecía; pero porque no se queje de mí ni diga que ha trabajado en balde, tome esta pieza de á ocho, para que no salga de aquí lo que ha sucedido, y haga cuenta que me ha echado media docena de estopadas. Recibió el dinero, y riéndose él y la chusma de oficiales, nos desocuparon el aposento.

Fuí á visitar á mi amo, á quien di el parabien de la victoria, y le conté la causa de no haber llevado la nueva de ella á su alteza serenísima y lo corrido que había quedado el cirujano cuando me había hallado aun sin señal de herida; lo cual fué añadir á una alegría otra alegría, y á un gusto otro gusto. Salí á recorrer la campaña para ver dónde había mi amo emprendido tan gran resolución, obrando tan grande hazaña, y ganado tan gran renombre: halléla toda cubierta de cadáveres sangrientos, que movían á piedad aun á los mismos homicidas. Vi una multitud de prisioneros, adonde, demás de estar en ellos la mayor parte de la nobleza de Francia, estaban sus mas valientes y animosos soldados. Enseñáronme la gran copia de vencidas banderas, mostráronme la gran suma de sus rendidos estandartes, la grandeza de su artillería y la riqueza de sus despojos. A este tiempo mandó mi amo retirar las piezas y municiones á la villa (la cual, como á su libertador, le aclamaba y aplaudía, dándole, tras infinitos parabienes, infinidad de agradecimientos) y llevar todos los prisioneros á Brusélas. Y despues de haber hecho hacimiento de gracias al Señor, cuya mano poderosa es la guía de las victorias y prosperidades de este mundo, le dió aviso por entero á su alteza serenísima, con cuya victoriosa nueva se alegraron todos los países, y tocando la trompa su invencible fama, se acobardaron los extraños, y se animaron las plumas, por tener tan valeroso asunto los no apasionados coronistas. Y habiendo hecho

enterrar todos los difuntos y curar los heridos, y refrescar su ejército, se entró á tomar algunas villas de la Francia, molestando sus fronteras y poniendo horror á toda aquella provincia. En cuyo tiempo, en premio de tantos y tan reales servicios, y en recompensa de tantos socorros y hazañas victoriosas, le envió su real majestad la merced y título del ducado de Amalfi, estado que fué de sus ilustres progenitores y restauracion de tan valeroso soldado. Hizo aquel dia mercedes á todos sus criados, y demás de ser yo uno de los favorecidos, me prometió dar en el dicho estado con que pudiese descansar y vivir en marchitándose la flor de la juventud, y llegando á los umbrales de la vejez. Yo acepté la promesa, como aquel que no sabía el fin que vendría á tener ni el estado en que me hallaría en aquella edad, y pues no hay plazo que no llegue, ni deuda que no se pague, y es refran italiano el asegurar que *ogni promessa è debito*, tengo por cosa cierta y por caso asegurado, como quien tan bien conoce su generosidad, que si Dios me da vida, veré este plazo cumplido y esta deuda pagada. Y por aumentar el regocijo de tan alegre dia y darle á mi am muestras de agradecimiento, compuse un soneto en su alabanza, no conforme á su gran merecimiento, pero por lo menos harto trabajado, por declarar sus primeras letras su gloriosa estirpe de Aragon, por cuya atencion y hazañas notorias se le había hecho la merced; y en las letras de en medio el nombre de su ducado, y en las últimas líneas los atributos tan debidos á su persona, y tan conocidos en la Europa; el cual, si no me he olvidado, decia de esta manera:

Caerrero insigne,	lustre y	Poderoso,
Laureado de	caso por	Prudente;
Onor del orbe,	clises	Eminente;
Romano César,	que triunfó	Animoso;
Lris de Flándes,	geuedor	Famoso,
Y Alejandro sin par,	rector	Valiente,
De cuya fama,	culce y	Refulgente
Esta el imperio	esterno y	Victorioso;
Atlante en fuerza,	quiles	Aplaudido;
Hayo en la guerra,	parte en ser	Soldado,
Y Nibal de Cartago,	ymon	Temido,
Gloria de Siena,	tauro	Venerado,
Onor de	Flándes, donde sois	Querido,
Norte de	Italia, donde sois	Amado.

Contentóle á mi amo la novedad de la curiosidad de la compostura; y aunque no creyó que los versos fuesen hijos de mi ingenio, se satisfizo de mi grande voluntad. Despachóme por la posta en busca de su alteza serenísima á llevar ciertos pliegos de importancia; y dando tres higas á Atalanta y cuatro á los irracionales partos del Bétis, le hallé en Esteque; el cual habiendo recibido los despachos, tuve, demás del premio, el tenerme siempre en su gracia. Allí fui bravamente favorecido de los señores del país, porque como yo les contaba todo el suceso de la batalla y como me veían en servicio de tan esforzado y valeroso general y amparado de un príncipe, hermano de un rey de España, se inclinaban todos á hacerme mercedes, y yo á recibirlas. Marchó despues de lo referido su alteza la vuelta de Dunquerque, por estar aguardando la armada, que ve-

nia á cargo de don Antonio de Oquendo y de don Andrés de Castro. Determinéme á irle acompañando, por lo que se me pegaba, y porque sabía que gustaba mi amo de ello. Llegamos á aquella pequeña villa, que por ser grande en valor, es terror de Holanda y opresion de las demás armadas enemigas; cuyos invencibles bajeles, siendo ruina y destruccion de las flotas holandesas, son los que abastecen y enriquecen estos países. Llegó la referida armada con mas grandeza que gobierno y con mas velocidad que ventura. Salióla á recibir la holandesa con menos fuerzas y mejor disposicion; y al tiempo que se empezaron á pelotear, no agradándome aquel juego de requeta, por no llevar algun pelotazo de barato, estando en tierra y las armas dos leguas á la mar, dejando á su alteza serenísima en campaña, me fuí á la villa, y me entré en una cantina adonde se vendía cerveza, por si acaso diese algun cañonazo en su edificio, no me pudieran empezar sus obras muertas; y pidiendo cerveza, cosa que jamás había probado, porque me dejasen estar en ella, estuve bebiendo toda una tarde potes de purgas, por no recibir récipes de píldoras holandesas; y con hallarme las tripas encharcadas como rana, no tuve ánimo para salir hasta tanto que cesó el ruido de la refriega y me aseguraron haber dado fin la disputa de las armadas. Entró el proceloso invierno, coronándose los montes de escarchados turbantes; vistieronse las sierras de tersas alcandoras, y el tirano de las flores y bandolero de las hojas asaltó el bosque y combatió la selva. Volvió el leon español á su leonera, y yo, como oso colmenero, le fuí acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la corte.

Al cabo de mucho tiempo marchó mi amo el duque de Amalfi con su ejército la vuelta del imperio, por órden de la majestad cesárea, habiendo enviado para conducirlo al conde de Lesen. A esta ocasion me sobrevino una tan rigurosa enfermedad, que me obligó á no poder seguirlo y á quedarme en Brusélas. Publicóse mi dolencia por toda la villa, por lo cual me venían á ver muchos amigos y conocidos. Visitábanme los mejores doctores, servíame con mucha puntualidad la huésped de la posada, asistíanme la criadas, y regalábanme los vecinos. Faltóme el dinero, añadiéndose á una enfermedad otra; presumo que es mucho mayor la de la bolsa que la del cuerpo. Faltáronme á un mismo tiempo amigos y conocidos, huésped de la posada, criadas y vecinos; con que me desengañé que aquellas visitas no se hacían por ganar una de las obras de misericordia, ni por ver á Estebanillo, sino á la fama de mi dinero, y para ser esponjas de él. Este ejemplar me ha hecho conservarlo el tiempo que lo he tenido, aunque en ello he ido contra los preceptos y reglas de mi profesion. Y porque con razon se diga que cosa mala no se muere, tuve entera y cumplida salud en muy pocos dias; y hallándome convaliente, fuí á visitar á su alteza serenísima y á pedirle licencia y ayuda de costa para ir á buscar á mi amo; el cual, no consintiendo que me fuese á Alemania, me mandó quedar en su

servicio. No repliqué á esta proposicion, por verme muy débil para ponerme en camino. Y por lo bien que me estaba, entré á servirle con muchísimo gusto; y aunque mi oficio no era jurado, tiraba racion cada dia y provechos cada hora. Aquí fué donde se me infundió un abismo de gravedad, viendo que de bufon de una excelencia había llegado á serlo de una alteza real; y como otros dan en querer perros, monos y otros diferentes animales, dió su alteza en quererme bien (que hay ojos que de legañas se enamoran, y como hay hombres de bien con poca dicha, hay pícaros con mucha suerte), y mostráronme en mandar me hacer muy ricos y costosos vestidos. Gustaba de llevarme á la caza á caballo, y en sus coches cuando salía á tomar descanso del peso de su gobierno y á dar alegría á sus súbditos y regocijo á la corte; en cuyo apacible estruendo y sonoro ruido me hallaba como el pez en el agua ó como el aceite sobre ella. Tocóme la desvanecida por línea de presuncion, por verme favorecido y premiado; y como tal, solo trataba de la comodidad de mi persona, aseo y regalo de ella. Y para que se entienda el mal tiempo que gozamos, hubo mas de cuatro pares de presumidos que llegaron á tenerme envidia y procurar que cayese de la privanza, sin advertir que no era yo segundo Ruy Lopez de Avalos, sino un pobre caballero alegre, con quien gustaba de entretenerse un príncipe, y que ellos, si querían usar mi oficio, pues tanto lo envidiaban, lo podían hacer, y se hallarian tan favorecidos como me juzgaban. Viéndome cargado de tantos émulos, traté, por si acaso de la próspera llegase á la adversa, de hacer recluta de doblones, que son los amigos del alma y regaladores del cuerpo; para lo cual hice una lista de todos los principes, duques, condes, marqueses y barones del país, llenando un pliego de la letanía de sus nombres, con anotacion al márgen, en lugar de *ora pro nobis*, de las calles y palacios en que vivían, y conforme la lista los iba visitando, al tiempo que estaban sobre la tabla, por ser propio, demás de gozar yo de muchos regalos, de hacer los señores mercedes, porque á las mañanas se levantan mustios y desabridos, y á las tardes se hallan enfadados de negocios ó fatigados de acreedores. Hallaba en los señores referidos tanta liberalidad, magnificencia y ostentacion, que echaba de ver que ni había otra Flándes en el mundo, ni otra generosidad en la Europa. El dia que me hallaba melancólico no visitaba á nadie, porque fuera contra razon ir á buscar quien me alegrase, siendo mi oficio alegrar á todos, ni entrar pensativo y murrio quien iba á pedir dineros, sin llevar prendas de oro, sino una poca de parolina.

Llegóse el tiempo de las Carnestolendas, y yo, por agradar á su alteza y alegrar á todos los señores de la corte, por el bien que me hacían, saqué un carro triunfal muy compuesto y adornado, y dentro de él una docena de bebedores escogidos á moco de candil, que con ser tan buenos despabiladores, quedaron á la noche de moco de pavo. Llevaba una redonda mesa, donde los doce comían pan, muy espléndida de fiam-